

che entre la esperanza y el temor, entre la vida y la muerte.

Varias personas influyentes se habian acercado al sanguinario duque de Berg, á impetrar su perdon.

En un principio, esta fiera execrable pareció mostrarse accesible y blando á las súplicas que se le hacian.

Pero ya sabemos hasta dónde su perfidia llegaba.

Despues de haber alimentado la esperanza de unos y de otros con falsas promesas, y cuando acabó de dar la última falsa palabra al último mensajero, dispuso que desde aquel momento no se permitiese á nadie la entrada en su palacio.

Incomunicado así, se dispuso llevar á cabo sus propósitos, aun á trueque de faltar á sus palabras, recientemente empeñadas.

Se habia propuesto dominar al pueblo de Madrid por el terror, y toda la sangre de sus habitantes le hubiera parecido poca para este objeto.

Cuando quedó solo con sus generales, ordenó á uno de ellos, que antes de despuntar el alba se dirigiese al cuartel de San Gil, y mandase fusilar á todos los prisioneros.

Y con efecto, los intercesores de estos desgraciados supieron con horror y asombro al siguiente dia, que el pérfido Murat no habia sentido el menor escrúpulo en faltar á una promesa solemnemente empeñada.

Cincuenta familias más tuvieron que llorar dolorosas pérdidas entre las nuevas víctimas.

Para colmo de cinismo y de insulto, al quejarse despues de este nuevo acto de barbarie los que con decidido empeño habian trabajado en favor de los últimos prisioneros, ya inmolados, Joaquin Murat les respondió fingiendo

gran indignacion por ello, protestando que se habian anticipado á sus deseos, precisamente cuando él se preparaba á comunicar la órden de libertad en favor de aquellos desgraciados madrileños.

Y para corroboracion de lo que decia con afiecion hipócrita, mostró la órden de libertad, que habia tenido buen cuidado de no circular con la oportunidad debida (1).

Cuando Utrera y el Maestro se contemplaban llenos de un secreto terror, vieron á un hombre acercárseles.

—¡Señor conde!—exclamaron á una voz.

El conde de M..., pues él era en efecto, se les acercó con aire de abatimiento, y preguntó:

—¿Qué hacen Vds. aqui?

—Venimos á la casa de la condesa del Ramal,—respondió Utrera.

—¡Ah!—exclamó el conde,—tal vez...

—Ha adivinado Vd., amigo mio,—dijo Utrera;—venimos de desempeñar un triste encargo, que momentos antes de morir me hizo nuestro amigo Velarde.

Y refirió á M... ligeramente cuanto sobre este particular saben ya nuestros lectores.

Luego preguntó:

—Pero ¿podrá Vd. decirnos lo que significan los cañonazos que acabamos de oír hace algunos momentos?

—Esos cañonazos significan,—respondió el conde,—que el tirano francés ha querido añadir una hazaña más á las anteriores: acaban de ser fusilados los prisioneros del cuartel de San Gil.

—¡Horror!—gritó con indignacion Utrera.

(1) Histórico.

—Sí, amigos míos, sí,—añadió el conde;—todo ha sido horroroso; pero juro por mi honor, que la sangre vertida clamará venganza bien pronto; y que al fin la obtendrá cumplida el pueblo español!

Luego, interrumpiéndose:

—¿Adónde van Vds.?—preguntó.

—Yo,—respondió Utrera,—á curarme.

E indicó al conde de M... su pierna.

—¿Ha sido Vd. herido?

—Sí, en el Parque; pero es poca cosa... una bala.

—Cúrese Vd. pronto,—dijo entonces el conde alargando sus manos á Utrera y al Maestro,—y vean si desean algo fuera de Madrid.

—¡Pues cómo! ¿se vá Vd.?—le preguntaron.

—Sí,—respondió el conde,—voy camino de Andalucía, llevo preparado mi plan, y bien pronto haremos (1) pagar muy cara al tirano de la Francia su victoria de hoy.

Dicho esto, el conde de M... abrazó á sus dos amigos, y se despidió de ellos indefinidamente.

Utrera y el Maestro siguieron su camino en direccion de la calle del Prado.

El jóven subió, despues de haber rogado á su anciano amigo que antes de retirarse á descansar de tantas fatigas, fuese á tranquilizar á su anciana madre acerca de su suerte.

Al entrar en las habitaciones de su amada encontró á su María llorosa, la cual, apenas le vió, no fué dueña de reprimir un grito de alegría.

La pobre jóven no lo habia perdido todo.

(1) El conde M... (cosa hoy extraña!) fué uno de los que más decididamente pelearon despues contra Napoleon.

Su abuelo y su amante estaban allí.

Pero Eugenia, la madre que ahora amaba su corazón, se hallaba en un estado terrible.

Utrera creyó distinguir al entrar, la estúpida carcajada de aquella pobre mujer, á quien la Providencia parecia haber querido castigar con tal rigor.

María se habia abrazado con amoroso afán á su jóven prometido, y despues de haber derramado algunas lágrimas, le preguntó con adorable candor:

—¡Enrique!... tú eres bueno... tú tambien la perdonas... si la vieras... ¡pobre madre mia!... la desgracia la hizo aparecer más mala de lo que en realidad era... ¡Loca! ¡Dios mio! ¡loca, cuando ahora todos debíamos ser felices!

Utrera la estrechó contra su corazón, y á su vez lloró el terrible infortunio de la desgraciada Eugenia.

CAPITULO LIII.

En que el autor, á manera de mariposa, se propone dar ligeramente unas vueltas alrededor de la historia, con lo cual desea concluir, en el espacio más breve posible, la presente narracion.

Vamos á hacer una breve escursion.

Antes de llegar al término de nuestro relato, preciso es que el lector examine, aun cuando sea muy por encima, los negocios que ocupan á la familia real española.

Con este fin, es preciso que nos dirijamos á Francia.

Ya hemos indicado en otra ocasion, cuál era el verdadero estado de Fernando desde que hubo llegado á Bayona.

El emperador Napoleon, que tan mañosamente habia sabido atraérselo, haciéndole entrever algunas vanas esperanzas, le trataba con rigor tal, que el príncipe español llegó á perder bien pronto las ilusiones que antes habia alimentado, acerca del ladino Bonaparte.

Verdad es que á Fernando, en medio de su desgracia, no le faltaban consejeros capaces de sacarle de un apuro.

Entre ellos habia uno que valia por todos.

Y creemos decir bien; porque si no le sacaba verdaderamente de apuros, en cambio tenia el tal consejero el don de no pensar, ni hacer otra cosa, que necedades políticas.

Ahora, con lo ya dicho, nos basta apuntar aquí el nombre de aquel personaje consejero de Fernando.

¿Quién no recuerda á Escoizquiz?

Para no conocerle, seria preciso desconocer tambien la historia de las mil desgracias que, en épocas semejantes, afligieron á nuestra querida pátria.

Pues este era, ni más ni menos, el consejero, el mediador, digámoslo así, entre Fernando y el emperador Napoleon I.

Conocido el carácter sagaz y artero de este, no es preciso esforzarse mucho para comprender todo el partido que sabria sacar de aquella especie de ministro del monarca español.

Al ocuparnos de él en este momento, se nos vienen á las mientes las palabras conque un escritor recuerda al celeberrimo Escoizquiz y sus maquinaciones.

Dice que el Emperador, para atraérselo, le daba muy repetidas pruebas de confianza y aprecio.

Una de tantas pruebas, era *tirar con aire de proteccion de las orejas á Escoizquiz.*

Napoleon, vulgarmente hablando, era muy solapado, y no es extraño que á tal extremo quisiese llevar la parte cómica de su farsa, conociendo, como conocia, bien á fondo, la talla de los hombres con quienes tenia que habérselas.

Esto, en cuanto á Fernando y á su adlátere.

Por lo demás, Napoleon iba en este punto de victoria en victoria, y los negocios se le habian presentado más fáciles de lo que hubiera deseado él mismo.

Cárlos IV y María Luisa habían llegado á Bayona.

El Emperador, á quien nada costaba distraer unos cuantos soldados para sostener más cumplidamente la farsa, hizo que el ejército francés formase y maniobrase en la carrera, al entrar en la ciudad los reyes padres.

Les hizo un recibimiento verdaderamente régio.

Destinóles un magnífico palacio, y les mandó su guardia de honor, sin exceptuar una numerosa servidumbre.

Púsoles además buena y suculenta mesa.

Y para colmo de dicha, el mismo Napoleon fué á comer varias veces con los reyes.

¿Qué más podia desear España?

Nada seguramente; y á la verdad, si á algunos de los personajes que rodeaban á Cárlos IV se les hubiese preguntado si el pueblo de Madrid habia tenido razon para sublevarse en aquellos mismos dias, hubiese contestado negativamente.

Eso sí, ¡la dignidad sobre todo!

Decíamos que Bonaparte rodeaba de toda suerte de comodidades y de agasajos á sus régios huéspedes.

Pero aun hizo más.

Forzoso es confesar, que al tratarse de ciertas concesiones, Napoleon era una especie de Providencia.

Recordando sin duda el afecto que Cárlos IV profesaba al Principe de la Paz, hizo que este personaje acudiese al lado de su amo y amigo.

Verdad es tambien, que lo primero porque preguntó el buen rey al llegar á Bayona, fué *por Manuel*.

Despues de estos y otros preliminares, que nos causa viva repugnancia consignar en el papel, y que en la otra obra que tenemos anunciada desenvolveremos detenidamente, las escenas de un carácter grave al principio, pasa-

ron á ser extraordinariamente burlescas, de un carácter detestable.

Desde el momento mismo en que Godoy besó la mano á su antiguo amo y pródigo protector, el funesto valido recobró en el ánimo del monarca su extraordinario ascendiente.

Volvió á ser, pues, el consejero de Carlos IV.

De suponer es que al recordar su estrepitosa caída de Aranjuez, el aprovechado Godoy procurase tomar la revancha contra Fernando.

Así lo hizo con efecto.

Al entrar nuevamente á los consejos de Carlos, hizo al príncipe cruda, aunque sorda guerra.

Tampoco María Luisa perdonó á su hijo.

Esto dió márgen á que el emperador Napoleon, segun refiere la implacable historia, presenciase escenas de familia, en que no mediando toda aquella buena compostura que era de esperar de tan elevados personajes, debió hacer asomar de una vez al rostro del chalán de cetros del siglo XIX, una maligna sonrisa.

Nosotros, más tímidos que la historia, queremos echar un velo sobre algunas de sus páginas.

Pero en lo que debemos fijarnos más, es en que mientras la corona de España retrocedía, digámoslo así, de las sienes de Fernando á las de su débil padre, Napoleon se preparaba tranquilamente á arrebatársela á entrambos, para disponer de ella á su capricho.

Esta era, ni más ni ménos, la triste realidad de aquellos ridículos juegos, en que la córte española se entretenía desde los primeros días de su voluntario cautiverio.

Tal acontecía, salvas las omisiones que la prudencia nos aconseja, en la ciudad de Bayona.

Entretanto, y haciendo con ello un doloroso contraste, la España valerosa, la España hidalga, la España de Paredilla, la España verdaderamente española, esto es, el pueblo, protestaba enérgica y decididamente contra los amañeos del usurpador; y al grito altivo de libertad é independencia, volvió por sus fueros hollados, y se disponia á disputar al capitán de aquella edad, la corona que este arancaba á Fernando VII.

El pueblo de Madrid, que adoraba á este príncipe, habia tomado su nombre por bandera.

Al sellar con su sangre preciosa los héroes del 2 de Mayo el reto que habian lanzado al rostro del caudillo francés, la lucha ya comenzada no debia terminar sino con la victoria ó con el esterminio, con la ruina del país.

Murat consiguió sofocar al valeroso pueblo.

Pero la mina estaba cargada.

Una sola chispa bastó para inflamarla, y esta chispa corrió con celeridad terrible toda la Península, desde el rincon del Parque, último atrincheramiento desde donde los bravos hijos de la heroica villa hicieron ver á sus opresores, que al pueblo castellano puede engañársele y escarnecersele hasta cierto punto, pero que cuando él se levanta, es invencible, poderoso, imponente.

Por eso, cuando dos dias despues recibió Napoleon por un correo extraordinario que le enviaba su cuñado el generalísimo, la noticia del alzamiento nacional, su emocion fué grande.

Sin embargo de que Murat aseguraba al mismo tiempo la pacificacion, esta circunstancia no mitigó su disgusto.

Hemos tenido ya ocasion de ver, aunque sucintamente, que Bonaparte dirigia sus miras á apoderarse de los

destinos de España por medio de una falsa política, y sus primitivas cartas á Murat, demostraban hasta cierto punto que deseaba evitar la guerra.

Prescindiendo de ciertas preocupaciones, á que él mismo rindió culto al ocuparse de nuestro carácter y de nuestras costumbres, conocia muy bien lo peligroso que era para sus intereses llegar á un rompimiento.

Si por una parte habia vacilado en aprovechar las discordias de la familia real, atrayéndosela por medio de la astucia y del engaño, tanta confianza abrigaba en este punto, como eran grandes sus temores al tratarse del pueblo.

Entre la fortaleza de este y la de sus príncipes, seguro es que Bonaparte debió dictar su fallo con justicia.

Pero el primer paso estaba dado; y ya saben nuestros lectores que una de las cualidades que distinguian al primer Napoleon, era la de no retroceder.

Por de pronto tenia en su poder á toda la familia reinante, y la manejaba á su arbitrio.

Dominado Fernando por el respeto que aquel extraordinario personaje le imponia, falto de libertad, y lo que es mucho peor que todo esto, aconsejado por Escoizquiz, cuya fatal ambicion le llevaba hasta el extremo de proponer á su antiguo discípulo las cosas más extravagantes, más pobres, más absurdas, no era preciso que Bonaparte se esforzase mucho para manejarle á su arbitrio.

Así fué como consiguió, que despues de mil escenas desagradables, y protestando siempre el interés que le inspiraba la desgracia de su querido amigo y aliado el rey Carlos, á quien suponía maltratado por su hijo, este pidiese perdon al padre por sus culpas, y renunciase nuevamente de sus derechos sobre la corona.

Conseguida la nueva farsa, esto es, la restitucion de Carlos al trono, todo lo demás era sencillo.

Sabia de más Bonaparte, que el dimitente y achacoso monarca no podia volver á reinar en España; pues sobre serle hostil la opinion y las simpatias públicas, estas estaban todas del lado de Fernando.

Por tanto, sus intenciones eran manifiestas.

Despues de la restitucion del hijo al padre, lo que ya procedia era lo que en realidad sucedió al fin.

Napoleon necesitaba la corona para sí.

Habia entrado en sus vastos proyectos hacer reinar en España un príncipe de su familia.

Y con efecto, aunque á través de azares y de calamidades numerosas, consiguió imponer por la fuerza de las bayonetas, al intruso José.

Todos, hasta niños, conocen el famoso reinado del no ménos famoso José I, el llamado *Pepe-botella*.

Napoleon, lanzado ya en tan escabroso camino, por más que este fuese á todas luces el de su ruina, quiso sostener á todo trance su empeño; y aunque Carlos IV y Fernando cedieron á sus exigencias, el Emperador debió arrepentirse más de una vez de haber emprendido tan árduo negocio.

Tenia en su poder débiles príncipes, es verdad...

Pero tambien tenia que habérselas con un pueblo valeroso y fuerte, difícil de abatir ni dominar.

¡Cuán caro costó á la Francia el burlesco reinado de José I!

CAPITULO LIV.

En el cual vuelve el lector á encontrarse con algunos personajes que les hemos dado á conocer al principio de nuestra obra.

El tiempo, que jamás cesa en su largo y eterno viaje, y que atropella con su inmutable empuje las edades y las generaciones, echando nuevos cimientos sobre las ruinas del pasado y edificando hoy lo que mañana ha de destruir precisamente; el tiempo, ese caminante impasible, que nunca retrocede, mientras la humanidad, arrastrada por él, se detiene ante un forzoso límite, en el cual cae y desaparece entre los abismos de la muerte; el tiempo, que con su dedo rígido hace girar en la esfera del reloj las breves horas de nuestra vida, es el que ahora nos hace avanzar dos años sobre la fecha de los últimos acontecimientos que dejamos reseñados.

Vamos á entrar nuevamente en un paraje, que nos es muy conocido.

Este paraje es el cuarto bajo ó tienda de la calle del Humilladero, la taberna de los dos buenos viejos, á cuyo lado hemos visto por primera vez á la bella María.

El día á que nos referimos era uno de los más esplendentes y hermosos conque el mes de Julio suele alumbrar el puro y diáfano cielo de Madrid.

Las seis de la mañana serian apenas, cuando la señora Teresa, que en aquel momento aparecia vestida con el traje de las fiestas, daba la última mano, como suele decirse, á su atavío.

Su rostro se mostraba resplandeciente de alegría.

Diríase que la buena mujer se preparaba para un gran acontecimiento.

Mientras que con una agilidad prodigiosa iba y venia en todas direcciones, una mujer del pueblo, una vecina de la señora Teresa, la dirigia la palabra de este modo:

—Parece que hoy se ha remozado Vd., señora Teresa.

—¿Por qué dice Vd. eso?—preguntó la tabernera, sin cesar de ir de un lado á otro.

—La veo á Vd. correr con la ligereza de una moza de quince años, ¿y quiere Vd. que no me extrañe?

—¡Ah!—dijo la tabernera,—eso consiste en que este es para mí, lo mismo que para mi Blas, un gran día, un día como hay pocos.

—¿Cómo, pues?

—¿Pues no lo sabe Vd. ya?

—¿El qué?...?

—María...

—¡Ah!

—Pues bien, se casa.

—¿Por fin?

—Sí.

—¿Y cuándo es...

—Hoy, Francisca; hoy se casa nuestra antigua hija.

—¿Y Vd.?

—Voy con mi Blas á alcanzarlos á la iglesia; dentro de una hora se celebra la ceremonia.

Y la señora Teresa continuaba yendo y viniendo de un lado á otro, ocupada en vestirse sus mejores ropas y en ponerse sus alhajas más bellas; alhajas que tal vez no se habia acordado de ellas la buena mujer desde el dia de su matrimonio con el honrado tabernero.

La llamada Francisca, á la cual no contrariaban en manera alguna las vueltas y revueltas de la señora Teresa, parecia dispuesta á pelar la pava, como vulgarmente se dice; y apurando á réposados sorbos la copa de vino que en su mano tenia, dijo alargándola á la anciana esposa del tío Colás:

—Tenga Vd., señora Teresa; y aunque la veo hecha una señora, que no parece sino que vá á ser preciso echar un memorial para hablarla, en celebridad del dia quiero beber otro vasito á la salud de los novios.

—¡Si creerá Vd. que estos trapajos me estorban para maldita la cosa!—exclamó la tabernera riéndose y tomando el vaso que Francisca la alargaba;—venga, venga el vaso, y se lo llenaré dos, veinte y cien veces, hasta que no quiera más...

—Bien, señora Teresa; eso se llama rumbo en esta tierra; no es Vd. orgullosa.

—¿Y de qué tenia que serlo, Francisca? Este es mi oficio, y pues con él hemos ganado los pocos ochavos que tenemos, á mucha honra... ¿Digo mal?

—¡Muy rebien! señora Teresa... ¡A la salud de Vd., dél señor Blas y de los novios!

Y Francisca apuró de un trago el vaso que la señora Teresa la habia entregado lleno.

—¿Quieres otro?—preguntó la anciana.

—¡Otro!... ¿si querrá Vd. que vuelva á mi casa dando traspiés?...

—No será porque deje de gustarte, ¿eh?

—Para qué he de negarlo; pero como sabe Vd. bien, señora Teresa, desde que los malditos franceses nos han tomado por su cuenta, están los tiempos, que para que un pobre pueda llegar al pan tan solamente, ya necesita sudar.

—Tienes razon, Francisca, esto está malo, y si dura mucho, no sé qué vá á ser del pueblo de Madrid; los pobres, sobre todo, tienen mucho que pasar... Pero no hablemos de eso; ¿para qué entristecemos?... Hoy no es dia de eso... conque vamos... otro vasito, ¿eh?

—Pero vecina... basta ya; si mis hijos me ven llegar á casa en mal estado...

La señora Teresa la interrumpió, arrancando á su interlocutora el vaso y volviéndolo á llenar.

—Vamos, tome Vd. y calle; con decir que lo ha bebido á la salud de mi querida María, está concluido: lo que no ha de pagarse, debemos tomarlo con los ojos cerrados.

—¡Viva el rumbo!... Por lo que veo, vá Vd. á echar hoy los trastos por la ventana.

—En tal caso, sería por la puerta,—dijo riéndose la tabernera;—nosotros no somos gente de ventanas ni de balcones.

—Pues á la salud de Vd. y del esposo.

—Buen provecho, Francisca.

Esta apuró la cuarta copa.

—Creo que no tardará mucho en subírseme á la guardilla,—dijo.

—Mejor; con eso se vá Vd. á dormir de madrugada, repuso la señora Teresa.

—Y á la verdad,—añadió Francisca,—nunca me encuentro mejor que cuando estoy privada... ¡Ay! ¡señora Teresa! desde la muerte de mi hija... ¿querrá Vd. creerlo?... muchas veces bebo de más, por olvidar su terrible fin.

Y la llamada Francisca rompió á llorar.

—¡Pobre muchacha!—dijo la tabernera;—á la verdad que debía querer con extremo á su novio, para haber sacrificado así su vida.

—¡Y mucho que le queria la pobrecilla!

—Es verdad que el infelíz muchacho la pagaba en la misma moneda.

—Eso sí, señora Teresa, la idolatraba.

—¡Pobre Epifanio! mi Blas y yo le apreciábamos, y tambien el novio de mi hija, D. Enrique...

—Bien lo recuerdo...

—D. Enrique le apreciaba, porque conocia su corazón leal y su ódio á los malditos franceses: era muy valiente...

—Eso le ha perdido, y tambien ha causado la muerte de mi difunta Paca.

—¿Qué se le ha de hacer? Dios les habria destinado ese fin, y lo que Dios dispone no tiene vuelta: pero hay que tener conformidad, que si en la tierra no han llegado á unirse, á estas horas el Señor los habrá juntado en el cielo.

—¡Eso es lo que á mí me ha servido de consuelo!—exclamó la Francisca derramando abundantes lágrimas.

La mujer que así hablaba y lloraba era, como habrán podido comprender nuestros lectores, madre de la novia del valeroso Epifanio.

En todo el barrio habia causado gran admiracion y profundo sentimiento el trágico fin de ambos jóvenes: aunque en un principio nadie pudo comprender la verdadera causa por qué la novia de Epifanio habia tenido tan terrible muerte.

Atribuyóse, como es natural, á un rasgo de la cueldad que era característica á los franceses.

Poco tiempo despues se conoció la verdad del hecho.

Todos supieron, con gran admiracion, que la pobre joven habia querido morir voluntariamente.

Pasados los primeros dias, Montenegro refirió el episodio de los jóvenes, entre otras personas, á Utrera.

Esté á su vez lo contó á los taberneros.

Los taberneros lo dijeron á la madre de la novia, y esta, llorando como una Magdalena, á todo el vecindario.

El vecindario admiró, como no podia ménos, la firmeza conque aquella mujer amaba á su novio.

Por espacio de mucho tiempo, el episodio fué objeto de todas las alabanzas y de todos los comentarios.

No era para ménos.

Así, no es de extrañar que hubiese llegado á tal extremo, que el solo recuerdo de aquel dramático lance inspirase á los trovadores del barrio más de una copla alusiva, entonada al son de la guitarra española.

¡Cuántas veces, al atravesar un francés cerca de un grupo, le lanzaban al oido, como en son de amenaza ó reto, alguna de las coplas cuyo asunto estaba tomado del triste episodio á que nos referimos!

Verdad es tambien, que esto lo hacian con su cuenta y razon; pues aun cuando en ningun pecho cabia ya el ódio, jamás extinguido, que profesaba el pueblo á los enemigos de la pátria, como estos disponian de la fuerza, era pre-

ciso resignarse á callar y á sufrir bajo el yugo extranjero.

El intruso tenia su córte en Madrid.

Además de los ejércitos que en el territorio español luchaban por imponernos la dinastía de los Bonapartes, numerosos franceses seguian ocupando á Madrid para apoyar el ridículo reinado del pobre rey, á quien el vulgo puso el mote de *Pepe-botella*.

En el momento en que el recuerdo de su hija arrancaba á Francisca lágrimas, entró el tabernero.

El buen hombre se encontraba tambien vestido con un esmero, que jamás se habia observado en él.

Habíase, sin embargo, anticipado á su anciana esposa; y aun envolvian á Madrid las últimas sombras, cuando nuestro hombre se echó á la calle, impaciente y sin saber qué hacerse de su cuerpo.

Desde que el enlace de su hija, como él la llamaba, se fijó la tarde anterior para el dia siguiente, al buen hombre le hormigueaba la sangre.

Su mujer se habia visto apurada para poner límite á los repetidos abrazos que él la dió al regresar á su casa con la noticia.

Cuando hubo llegado la noche, se acostó muy temprano con ánimo de madrugar.

Pero en todo el tiempo que permaneció en su cama le fué imposible dormir.

No hacia otra cosa que revolverse.

Diríase, á haber leído en su corazon, que se trataba de su propio casamiento, y que la impaciencia torturaba su corazon, ni más ni ménos que el amor suele hacer en tales casos con las gentes jóvenes y fuertemente apasionadas.

Como decimos, se levantó siendo aun de noche.

Su mujer se mofó de él, viéndole que con luz artificial se disponía á atusar sus blancas canas y su ruinosa figura.

Al anciano no se le dió un bledo por las pullas de su mujer.

Verdad es que la señora Teresa conocia en el fondo de su conciencia, que no era la persona más autorizada para echar en cara su impaciencia al desvelado marido.

Este, á quien no se escapó la situación análoga en que su mujer se encontraba, la habia preguntado con socarronería:

—Y bien, ¿por qué no duermes tú?

—Porque no has querido dejarme, con tus vueltas y revueltas,—respondió la señora Teresa.

—Pues bien, ahora puedes tomar la revancha; yo te prometo guardar el mayor silencio.

Pero la buena mujer dijo, echando los piés fuera de la cama:

—¡Buena es esa! para lo que nos queda de noche, lo mejor que puedo hacer ya, es imitarte á tí.

Su anciano esposo sacó de esto gran partido para disfrutar, entretanto se ataviaba, media hora de buen humor.

Poco despues, no sabiendo qué hacerse, salió á dar un paseo, corriendo calles y calles á la ventura.

Cuando volvió, dijo á su mujer:

—Acaba pronto, Teresa, y cerremos; hoy tengo deseos de echar un par de canas al aire.

Luego, haciendo alto en la madre de la desgraciada novia de Epifanio:

—¡Ah!—dijo,—¿está Vd. ahí? Buenos días, Francisca; ¿cómo vá de salud?

—No tan bien como á Vd., segun veo,—respondió la

mujer enjugándose los ojos;—Vd., por lo ménos, tiene motivo para estar alegre...

—Es verdad,—afirmó el tabernero,—voy á tener el gusto de ver casada á mi hija.

—Bien lo merece; es una linda y honrada muchacha.

—La pobrecilla ha sufrido mucho.

—¿Y su madre, señor Nicolás? creo recordar ahora que la pobre señora se había vuelto loca...

—¡Oh! sí, ha llevado cerca de veinte meses privada de razon; pero á fuerza de cuidados y de cariño, la ha recobrado.

—Mucho lo celebro, señor Nicolás; y sobre todo, si ahora la madre y la hija se quieren al fin.

—En cuanto á eso, no cabe duda; y es cosa que enternece ver juntas á las dos.

—¿Y María?

—Adora á su madre; la quiere tanto como á su novio.

Diez minutos despues de esta conversacion, el tio Colás y su mujer cerraban su establecimiento.

CAPITULO LV.

Pormenores.

Casi á la misma hora en que los antiguos padres de María se dirigian á la iglesia del Espíritu Santo, una numerosa comitiva llegaba al pié de uno de los altares de aquel templo.

En el centro veíase una pareja, dos jóvenes, cuyos nombres casi es inútil los digamos á nuestros lectores.

Eran Utrera y María.

Montenegro, y varios amigos de unos y de otros, los acompañaban.

El rostro de María estaba cubierto de rubor en aquel instante de dicha suprema.

La bella jóven podia soportar apenas el dulce peso de su honda felicidad.

Utrera estaba radiante.

Sus ojos, que no se apartaban un solo momento de su

novia, parecian observar con delicia la virginal confusion que trastornaba el alma de la jóven.

Por fin llegaba la ansiada hora.

Un triste accidente habia venido á diferir durante dos años su ansiada union.

No era bastante aun á oponerse á ella el enajenamiento que habia pesado sobre Eugenia.

Tambien á Utrera afligió una irreparable desgracia.

Dos meses despues de los horribles acontecimientos que afligieron á Madrid, el noble jóven se vió en la triste necesidad de vestir luto por la muerte de su anciana madre.

Esta, sin embargo, antes de fallecer, habia tenido la complacencia de conocer á la prometida de su hijo.

Las prendas de virtud y de hermosura que adornaban á la jóven, cautivaron el corazon de la anciana madre de Utrera.

María, por su parte, no tardó en conocer que el corazon de aquella señora podia tomarse por el molde en que se vaciára el de su noble hijo.

Era una excelente anciana.

Las simpatías, pues, de una y de otra fueron grandes; pero por desgracia duraron poco tiempo.

Siempre la muerte viene temprano ó tarde á romper en el mundo los lazos del corazon.

María lloró sinceramente con su amante la sensible pérdida que este habia sufrido.

Despues, trascurrió mucho tiempo.

El luto difirió el enlace de nuestros jóvenes.

Además, la locura de Eugenia continuaba; si bien era una locura pacífica, mas no por eso ménos desgarradora.

María, que abrigaba la esperanza de que su madre re-

costraría la razon; se habia obstinado tambien, pasado ya el luto de Utrera, en aplazar su dicha, hasta que llegase un plazo tan indeterminado.

Utrera tuvo que conformarse.

Tenia muy buenos sentimientos para oponerse á la piadosa resolucion de María.

Por otra parte, los facultativos que asistian á Eugenia, abrigaban esperanzas de curar á la paciente.

Esto contribuyó á afirmar más y más en su resolucion á la virtuosa jóven.

Montenegro, que de dia en dia se complacia en descubrir una tras otra las innumerables bellezas que adornaban el alma candorosa de su nieta, llegó á olvidarlo todo por aquella angelical criatura.

No quisiéramos aventurar una opinion semejante; pero casi nos atreveríamos á decir con certeza, que aquel anciano tan pundonoroso, tan intransigente, tan terrible en punto á honra, llegó en algun momento á alegrarse de que el desliz de su hija hubiese proporcionado á su vejez la dulce complacencia de tener á su lado un ángel como María.

Esta se consagró con tan decidido afan al cuidado de su infeliz madre, que tan solo en las horas que necesitaba para descansar se apartaba de ella.

No pocas veces, así Montenegro como Utrera, se enternecieron al contemplar escenas en extremo conmovedoras entre la madre y la hija.

En una ocasion, Eugenia, con la mirada enteramente extraviada, la fijó por una casualidad en su hija, pero con una dulce insistencia, que esta creyó por un momento que la pobre loca la reconocia.

La jóven, llena de emocion, se acercó á su madre.

Rodeó el cuello de esta con sus brazos, y la contempló durante un minuto.

Eugenia, á su vez, seguia mirando á María.

La ilusion, para la sencilla jóven, fué completa.

Pero no tardó en desvanecerse.

—¡Madre mia!—habia exclamado.

Esta respondió al beso de su hija.

Pero aquel beso fué, digámoslo así, maquinal.

Apenas lo hubo dado, prorumpió en su estúpida y frecuente risa.

María entonces, abrazada á su madre, comenzó á llorar amargamente, prodigándola tiernas, aunque inútiles caricias.

Mas no llegaban á la helada razon de Eugenia.

De este modo trascurrió aun otro medio año mortal.

Las sorpresas del género que acabamos de referir, se habian repetido, aunque en distinta forma, varias veces.

Con esto la desesperacion de todos habia crecido.

Sin embargo, los médicos seguian trabajando afanosamente en su curacion.

Habian pretendido ya, por todos los medios imaginables, así moral como físicamente, operar una reaccion favorable á la desventurada.

Todo habia sido inútil.

Dios, sin embargo, se apiadó de la infeliz.

María tenia la costumbre de levantarse todas las mañanas muy temprano.

Su primer cuidado era el de ir al gabinete de su madre.

Apenas entraba en el dormitorio, reemplazaba á la mujer que tenia el encargo de velar por las noches al lado de la paciente.